

La Comédiathèque

Una
vocación
frustrada

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Una vocación frustrada

Jean-Pierre Martinez

Ariel, una joven estudiante, tiene una cita con el director de la Academia de Bellas Artes de Viena, quien debe decidir sobre su candidatura. Más de un siglo antes, el director de la época, Christian Griepenkerl, rechazó la de un tal Adolf Hitler. Una vocación frustrada que, indirectamente, desencadenaría las desastrosas consecuencias que todos conocemos. ¿Puede una decisión aparentemente trivial, al modificar un destino individual, cambiar el curso de la Historia? Nunca lo sabremos... a menos que podamos retroceder en el tiempo y experimentar los efectos de otra elección. Esta tragicomedia plantea con humor las preguntas fundamentales que han obsesionado a la Humanidad desde siempre.

Personajes

Ariel
Director

© La Comédiathèque

Cuadro 1

El despacho del director de la Academia de Bellas Artes de Viena, en Austria. Suena una melodía de vals vienés como música de fondo. Ariel Tannenbaum entra. Es una joven vestida de manera bastante masculina, y un gorro oculta su cabello pelirrojo. Bajo el brazo lleva una carpeta de dibujos. Visiblemente impresionada, observa el lugar. La sala está amueblada al estilo antiguo, pero un ordenador preside el escritorio. En la pared del fondo cuelga un cuadro de Egon Schiele. A un lado hay un espejo que no refleja la sala. Ariel admira el cuadro de Schiele. La música se va apagando poco a poco. Suena el móvil de Ariel y ella contesta.

Ariel (molesta) – Sí, mamá... No, no me he olvidado de mi entrevista de hoy. No corría el riesgo de olvidarlo, no he pegado ojo en toda la noche... Y ya me has llamado veinte veces para recordármelo... Sí, estaré para el shabbat, como siempre... Escucha, ahora no puedo hablar, estoy precisamente en el despacho del director y va a llegar de un momento a otro... Sí, ya sé que Hitler suspendió dos veces el examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena. Eso también me lo has dicho veinte veces... Te lo prometo, intentaré ser admitida a la primera... Y si no lo consigo, te prometo que no invadiré Polonia. Ahora tengo que colgar... Sí, te llamo al salir... Yo también te quiero...

Guarda su teléfono. La música vuelve a sonar. Empieza a caminar de un lado a otro. Se mira en el espejo y se retoca. Se sienta. Espera un momento, mira su reloj y, finalmente, saca una hoja en blanco de su carpeta de dibujos. Se mira en el espejo y dibuja un autorretrato. Guarda el dibujo en su carpeta. Termina por quedarse dormida en la silla. La música se detiene.

Oscuro.

Cuadro 2

Luz.

El decorado no ha cambiado, pero el ordenador ha desaparecido y el cuadro de Egon Schiele ha sido reemplazado por un retrato del emperador Francisco José I. Ariel se despierta. Se da cuenta de que el cuadro ha cambiado. Obviamente, está sorprendida, pero apenas tiene tiempo de reaccionar, ya que Christian Griepenkerl entra en escena. Es un hombre de unos sesenta años, vestido con la elegancia típica de principios del siglo XX. Lleva un traje de tres piezas y un abrigo. En la cabeza, un bombín y en la mano, un bastón.

Director – Disculpe la espera. Mi carruaje ha perdido una rueda y he tenido que terminar el trayecto a pie.

Ariel se levanta de la silla.

Ariel – Buenos días, señor...

Director – El tráfico en las calles de Viena es cada vez más peligroso. Sobre todo desde la llegada de esos nuevos automóviles. Ya era difícil la convivencia entre los coches de caballos y los tranvías eléctricos... Nunca entenderé esa obsesión de la gente por querer cambiarlo todo... ¿No cree usted?

Ariel – No lo sé...

Christian, ocupado quitándose el abrigo y el bombín para colgarlos en un perchero, apenas le presta atención.

Director – Y usted es...?

Ariel – Ariel. Ariel Tannenbaum.

Christian se sienta detrás de su escritorio y echa un vistazo a un papel que tiene delante.

Director – Vaya, no es el nombre que tenía en mi lista... Ariel... *(Por fin la mira.)* ¡Pero... usted es una mujer!

Ariel – Ehm... Sí, y ¿qué pasa?

Director – ¿Qué pasa? Pero señorita... ¡Las mujeres no pueden presentarse al examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena!

Ariel – Esto es una broma, ¿no?

Director – Ariel... Como su nombre es un poco... ambiguo, mi secretaria no debió de darse cuenta.

Ariel – ¿Ambiguo...? Sí, lo siento, es un nombre judío.

Director – Ah, porque además, ¿es usted judía?

Ariel – No me diga que los judíos tampoco pueden presentarse al examen de ingreso en la Academia.

Director – En cualquier caso, las mujeres no pueden, se lo repito. Y debería saberlo... Nos habríamos ahorrado a ambos una pérdida de tiempo innecesaria...

Ariel – Vamos, esto es absurdo... ¿Entonces las mujeres no pueden ser pintoras? ¡No me lo puedo creer! (*Irónica*) A ver, ¿en qué año estamos?

Director – Estamos en 1907, señorita... ¿Tampoco lo sabe?

Ariel – ¿En 1907...? (*Una sonrisa aparece en sus labios.*) Ya lo entiendo... Esto es para un programa de televisión con cámara oculta, ¿verdad?

Director – ¿Televisión? ¿Qué es eso?

Ariel – ¿Y dónde está la cámara?

Se levanta y da unos pasos por la sala buscando una cámara.

Director – Pero señorita, estamos en octubre de 1907. (*Coge un calendario que hay en su escritorio y se lo muestra.*) Como puede ver, está escrito en este calendario.

Ariel echa un vistazo al calendario, atónita.

Ariel – ¿En 1907? ¡No puede ser!

Director – Parece un poco alterada... ¿Quiere un vaso de agua?

Ariel intenta recuperar la calma y mira a su alrededor.

Ariel – No entiendo... Cuando llegué aquí, había un cuadro de Egon Schiele en esa pared.

Director – ¿Egon Schiele? Qué idea tan extraña... Sí, es alumno mío, de hecho. Pero nunca colgaría uno de sus cuadros en mi despacho. No es más que un simple estudiante. ¡Apenas tiene diecisiete años! Y su estilo no es en absoluto... académico.

Ariel – ¿Académico?

Director – Un estilo decadente, si lo prefiere... Por desgracia, muy de moda hoy en día. Pero no durará, créame. Schiele, como tantos otros, sufre la mala influencia de ese sinvergüenza de Klimt.

Ariel – ¿Klimt? ¿Gustav Klimt? ¿También lo conoce?

Director – Me lo crucé frente a su taller cuando venía para aquí. Ni siquiera me saludó... Claro, casi lo atropello. Mi carruaje perdió una rueda, ya se lo he dicho, y acabó subido a la acera.

Ariel – ¿Casi atropella a Gustav Klimt?

Director – Me arrepiento de no haberlo hecho... Esa... secesión es solo una moda. En unos meses, nadie hablará de ella, ya lo verá.

Ariel – ¿Seguro...?

Director – Ese Egon Schiele nunca hará carrera, créame. Al menos, no como pintor... Como decorador de interiores, quizá... No, todos esos jóvenes artistas harían bien en seguir el ejemplo de sus ilustres predecesores, como hice yo mismo.

Ariel – ¿Sus predecesores? Se refiere a...

Director – A Eisenmenger, por ejemplo...

Ariel – ¿A quién?

Director – ¡August Eisenmenger! ¿No lo conoce?

Ariel – No...

Director – ¡Ya lo llaman el Rubens austríaco! Al menos ha oído hablar de Rubens, ¿verdad?

Ariel – Por supuesto. ¿Me toma por idiota?

Director – Bueno, pero ni siquiera sé por qué estoy teniendo esta conversación con usted.

Ariel – No, yo tampoco... Especular sobre el futuro del joven Egon Schiele con su viejo profesor, de quien ni siquiera sé el nombre. Ahora que lo pienso, ¿quién es usted exactamente?

Director – Pero señorita, ¡soy Christian Griepenkerl, el director de la Academia de Bellas Artes de Viena!

Ariel – Así que... ¿Estamos en 1907...?

Director – ¿Está segura de que no quiere un vaso de agua?

Ariel – Estoy bien... Al final me despertaré, y esta pesadilla llegará a su fin.

Director – Se quedará aquí cinco minutos y luego le pediré que se marche. Tengo otros candidatos que recibir, ¿sabe...?

Ariel – ¿Otros candidatos?

Echa un vistazo a la hoja que tiene delante.

Director – De hecho, no veo su nombre en mi lista... Pensaba que usted era... (*Consulta su lista*) Adolf Hitler.

Ariel – ¿Adolf Hitler...?

Director – Es con él con quien tenía cita... para decidir sobre su candidatura.

Ariel – Dígame que todo esto no es cierto...

Director – Debe de llegar en cualquier momento. Pero parece sorprendida... Debe de tener más o menos su edad. ¿Le conoce?

Ariel – ¿Adolf Hitler...? Sí, he oído hablar de él.

Christian coge un expediente de encima de una pila.

Director – Un joven alemán un poco iluminado que se cree un genio de la pintura. Justamente tengo aquí su expediente... (*Abre el dossier y echa un vistazo a los dibujos que contiene.*) No se le da mal del todo dibujar edificios... pero claramente no tiene ningún talento para el retrato. Y no tiene la menor noción de anatomía. (*Sigue observando los dibujos.*) No, es absolutamente incapaz de representar con naturalidad una figura humana. Debería dedicarse a la arquitectura... (*Empuja el expediente hacia ella.*) ¿Qué le parece?

Ariel mira los dibujos, estupefacta.

Ariel – ¿De verdad esto lo ha dibujado él...?

Director – Si ese pobre muchacho ha pagado a alguien para que hiciera estos dibujos infantiles en su lugar, es aún más estúpido de lo que parece.

Ariel (*echando un vistazo a los dibujos*) – Es increíble... La pintura aún está fresca...

Director – No, este Adolf Hitler tampoco pasará a la posteridad, está claro.

Ariel – No como pintor, en cualquier caso...

Director – Así que está de acuerdo conmigo... No me queda más remedio que rechazar su candidatura.

Ariel (*muy apresuradamente*) – ¡No haga eso!

Director (*sorprendido*) – ¿Perdón...?

Intenta recuperar la calma.

Ariel – Estos dibujos no son tan malos, después de todo...

Director – ¿Eso cree...?

Ariel – No lo sé... Me parece que tienen... algo. Y, por una vez, no puede decir que su estilo no sea académico.

Christian vuelve a mirar los dibujos.

Director – Es muy clásico, en efecto, pero... académico no significa falta de sensibilidad. No, decididamente... Son de una extrema planitud... No hay alma en estos dibujos...

Ariel – El trazo es bastante preciso, eso sí.

Director – Para los paisajes, sí. Demasiado preciso, incluso. Parece una fotografía. ¿Ha oído hablar de ese nuevo invento de los hermanos Lumière? El autocromo...

Ariel – ¿Autocromo...?

Director – Fotografía en color, si lo prefiere. La fotografía es un invento diabólico. Acabará matando la pintura. Y sin embargo, no hay humanidad en esas imágenes. Cualquier imbécil puede apretar el botón de una cámara. Pero eso no le convierte en pintor.

Ariel – Es el progreso... y no se puede detener.

Director – Ya verá cómo un día inventarán también máquinas que piensen por nosotros...

Ariel – No va tan desencaminado.

Director – Entonces, ¿qué encanto le encuentra a estos garabatos?

Ariel – Es un poco ingenuo, eso es cierto... Pero podría mejorar... Con buenos profesores...

Director – Por desgracia, señorita, el talento no se aprende. Se puede perfeccionar la técnica, por supuesto, pero si no se tiene fibra artística... Lo que hace a un pintor no es la destreza. Es la mirada. Y créame, este Adolf Hitler no tiene ninguna visión...

Ariel – Sin embargo, quiere ser pintor a toda costa... Y a veces es peligroso frustrar una vocación...

Director – ¿Peligroso? ¿Peligroso para quién?

Ariel – Podría sentir cierta frustración. O incluso cierto rencor...

Director – Nada le impedirá seguir pintando los domingos, para relajarse después de una semana de trabajo. Podrá colgar sus cuadros en su salón si le apetece. O regalárselos a su familia y amigos por Navidad o por su cumpleaños. Pero aquí estamos hablando de ingresar en la más prestigiosa Academia de Bellas Artes del Imperio Austrohúngaro. Y quizá del mundo. No puedo fomentar en ese pobre muchacho la ilusión de que tiene el más mínimo futuro como pintor. No, de verdad, no le haría ningún favor.

Ariel – Pero le haría un favor inestimable a la Humanidad entera, se lo aseguro.

Director – No entiendo ni una palabra de lo que está diciendo, señorita...

Ariel – Usted dice que estos dibujos carecen de sentimiento. Entonces permítame pedirle, a mi vez, que muestre un poco de humanidad, señor Greenspan.

Director – Griepenkerl. Señor Griepenkerl.

Ariel – Un alumno más o menos, ¿qué diferencia le supone?

Director – El número de alumnos que podemos aceptar en esta Academia es limitado, señorita. La diferencia es que ocuparía el lugar de otro candidato mucho más talentoso y meritorio que él.

Ariel – ¿Y si se lo pido como un favor personal...?

Director – ¿Y por qué habría de hacerle un favor? ¿Es su novia, acaso? ¿Ha venido aquí a defender su causa?

Ariel – No, no soy su novia...

Christian examina de nuevo el expediente.

Director – Mire, incluso ha incluido en su expediente algunas postales de su autoría. Cartas que vende en la calle para ganarse la vida. Y para pagar el alquiler de su buhardilla, según dice. Sin duda, para darme pena...

Ariel – Al menos eso demuestra su motivación... Dicen que Van Gogh no vendió un solo cuadro en vida. Hitler, al menos, ya vende postales...

Director – ¿Van Gogh...? Nunca he oído hablar de él...

Ariel – Créame, dentro de unos años se hablará mucho de él.

Christian examina un dibujo en particular.

Director – No, de verdad, este chico no tiene ninguna sensibilidad artística. Es como si la noción misma de estética le fuera completamente ajena. Diría incluso que... hay algo inquietante en esta meticulosidad torpe... Algo malsano. Mire con qué obsesión minuciosa ha dibujado el muro de esta casa burguesa. Estoy seguro de que, si lo comparáramos con el modelo, encontraríamos exactamente el mismo número de ladrillos. Este tipo pinta como un contable. Todo está ahí. Las cuentas cuadran, pero el cuadro es espantosamente malo. Pero ya que está aquí, muéstreme su carpeta...

Ariel – No sé si...

Director – Vamos, no sea tímida... Ya le he dicho que las mujeres no pueden presentarse, pero al menos puedo darle una opinión personal. A modo de consejo amistoso...

Ariel – De acuerdo...

Le tiende su carpeta de dibujos, él la abre y observa sus obras. Ariel vigila su reacción con cierta aprensión.

Director – El estilo no es muy convencional, es cierto...

Ariel – Pero... ¿?

Director – Hay que reconocer que tiene un buen trazo.

Ariel – Entonces, ¿habría aceptado mi candidatura... si no fuera mujer? Y además, una mujer judía...

Director – No tiene sentido debatirlo pero... quién sabe.

Ariel – Los tiempos cambian, ¿sabe? Dentro de unos años, quizá, las mujeres serán admitidas en la Academia de Bellas Artes de Viena.

Director – ¿Y por qué no darles también el derecho al voto...?

Ariel – Pues sí... ¿Por qué no?

Director – Dios mío... Espero no estar aquí para verlo...

Ariel – No lo estará, no se preocupe.

Director – ¿Ah, sí?

Ariel – Entonces, ¿cree que mis dibujos son buenos?

Director – Mejores que los de Adolf Hitler, en cualquier caso... Si lo desea, puedo recomendarle un profesor particular. Hay muy buenos en Viena.

Ariel – Mire, señor, en este momento no me preocupa mi destino personal, sino el de toda la Humanidad. Y tengo buenas razones para pensar que debería aceptar la candidatura del joven Hitler.

Christian parece atónito.

Director – ¿El destino de la Humanidad? ¿De verdad cree que, al rechazar a este imbécil y dejarle vendiendo postales, privaré a la historia del arte de un genio de la pintura?

Ariel – Frustrar una vocación es asumir una gran responsabilidad...

Director – ¿No cree que está dramatizando un poco...? Todos los años se rechazan montones de candidatos... y la Tierra sigue girando.

Ariel – Sí, pero él... Si rechaza su candidatura... puede acabar haciendo una locura, se lo aseguro.

Director – ¿Como suicidarse, quiere decir? Le advierto que no cedo al chantaje.

Ariel – No, no suicidarse, por desgracia. Al menos, no todavía...

Director – Entonces, ¿por qué habría de aceptar en esta prestigiosa Academia a este pintor de domingo?

Ariel – Y si le dijera que este chico, si no se convierte en pintor, sumirá al mundo en el caos y provocará la muerte de casi cien millones de personas.

Director – Le diría que, o bien se está burlando de mí, o bien está loca. Y en cualquiera de los dos casos, le pediría que se marche.

Ariel – No me estoy burlando de usted, señor Greenberg.

Director – Griepenkerl. Señor Griepenkerl.

Ariel – Y, en primer lugar, ¿cómo podría saber lo que le sucederá a este chico si no es aceptado en esta Academia? ¿Es usted vidente? ¿Conoce el futuro? ¿Se cree Nostradamus?

Ariel duda un instante antes de responder.

Ariel – Sé que es difícil de creer, pero... vengo de otra época.

Director – ¿Otra época? Vaya, vaya...

Ariel – Nací hace exactamente un siglo. En 2007.

Director – En 2007. Por supuesto.

Ariel – ¿Qué puedo hacer para convencerle?

Director – ¿Convencerme de que es una viajera en el tiempo? Como en la novela fantástica de ese joven escritor inglés tan de moda hoy en día...

Ariel – ¿Qué novela?

Director – *La máquina del tiempo*, de Wells. Lo ha leído y se le ha subido a la cabeza, ¿no es así?

Ariel – ¡Le digo que vengo del futuro! Es muy importante que me crea...

Director – Y entonces, en su época, ¿ya disponen de máquinas para viajar en el tiempo?

Ariel – No... Puede que algún día, pero no... Todavía no...

Director – Entonces, ¿cómo habría llegado hasta aquí? ¿A 1907...?

Ariel – No tengo ni idea... y eso es precisamente lo que me preocupa. Porque tampoco sé cómo volver a mi tiempo. Y mi madre esperándome mañana en casa para shabbat...

Director – Su madre...

Ariel – ¡Sí, mi madre! Si no la llamo dentro de una hora, avisará a la policía, seguro.

Director (*irónico*) – ¿La policía de fronteras, quiere decir...? ¿Las fronteras del tiempo...?

Ariel – ¿Cree que estoy de humor para bromas?

Director – No sé, la verdad... Quizá esté soñando.

Ariel – Sí, ya lo he pensado. Pero en ese caso, usted también sería solo un sueño... ya que forma parte de este sueño.

Director – Empieza a confundirme seriamente, señorita. Antes de conocerla, todo el mundo me consideraba un hombre razonable. Demasiado razonable incluso, según algunos de mis contemporáneos. Y ahora aquí estoy, discutiendo sobre viajes en el tiempo con una joven que podría ser mi nieta...

Ariel – O quizá es usted quien está soñando, y yo solo me he colado en su sueño...

Director – O tal vez ambos estamos soñando lo mismo. Y todo esto no es más que una ilusión.

Ariel – Como una obra de teatro, en cierto modo, en la que ambos seríamos los actores.

Director (*escéptico*) – ¿Una obra de teatro...? ¿De dónde saca usted todas esas ideas?

Ariel – Si, como dicen algunos, la vida no es más que un sueño, ¿no es esa la definición misma de la existencia? Miles de millones de personas compartiendo el mismo sueño hasta confundirlo con la realidad.

Director – El mismo sueño... o la misma pesadilla.

Ariel – Queda por ver qué significa nuestro sueño. Siempre que signifique lo mismo para usted y para mí, por supuesto...

Director – ¿Qué quiere decir?

Ariel – Como joven pintora principiante, yo sueño con salvar el mundo... cambiando el curso de la Historia. Usted, como viejo pintor académico, sueña con salvar la Historia, o al menos la historia del arte, asegurándose de que nada cambie, especialmente la forma de pintar.

Director – Creo que está delirando... Debería pedir consejo a ese doctor Freud, del que tanto se habla últimamente en Viena... Dicen que hace milagros con las jóvenes demasiado exaltadas...

Ariel – Quiere decir con las mujeres histéricas, supongo...

Director – Vivimos una época extraña, ¿sabe...? La decadencia está por todas partes, también en la pintura.

Ariel – Justo lo que decía, no es más que un viejo reaccionario... Y su empeño en no querer cambiar nada podría acabar provocando una catástrofe a escala mundial.

Director – Pero, señorita... ¿cómo podría ese pobre chico, que no parece precisamente un genio, matar a tanta gente?

Ariel – Provocando una guerra mundial, simplemente.

Director – ¿Una guerra mundial? Sería la primera...

Ariel – En realidad, será la segunda... La primera empezará en siete años, en 1914. Y la segunda en 1939.

Director – Es cierto que vivimos tiempos turbulentos, pero aun así... Dos guerras mundiales en menos de treinta años... Está exagerando.

Ariel – Y pensar que ese imbécil estuvo a punto de ahogarse cuando tenía cuatro años...

Director – ¿Quién?

Ariel – ¡Hitler! Cayó accidentalmente a un río. Si un compañero que pasaba por ahí no lo hubiera sacado del agua, hoy no estaríamos discutiendo sobre su admisión en la Academia.

Director – ¿Así que le habría gustado que ese pobre chico se ahogara cuando era niño, y ahora quiere que sea admitido en la Academia cuando no tiene ninguna de las cualidades necesarias para ello?

Ariel – Admita que es inquietante.

Director – ¿El qué?

Ariel – Lo poco que hace falta para que la Historia tome un rumbo u otro. Si su carruaje, al perder una rueda, hubiera atropellado a Hitler cuando caminaba por la acera para venir aquí, el problema estaría resuelto.

Director – Desde luego, parece que le tiene una especial inquina a ese pobre chico...

Ariel – Un tren que no sale a su hora, y es una cita perdida. Tal vez una historia de amor que nunca llega a empezar. Un niño que no nacerá. Y que quizá habría tenido un destino excepcional. Imagine que los padres de Albert Einstein nunca se hubieran conocido...

Director – ¿Albert quién?

Ariel – Un genio que rompió con el academicismo científico de su tiempo y revolucionó la física moderna. Demostrando, entre otras cosas, que si uno superara la velocidad de la luz, viajaría hacia atrás en el tiempo.

Director – Todo esto es absurdo. Si pudiéramos retroceder en el tiempo, podríamos cambiar el curso de la Historia, y por lo tanto modificar el futuro del que usted dice venir. Y si en su pequeño viaje al pasado, en lugar de atropellar a Hitler, atropellara accidentalmente con su carruaje a su propio abuelo materno cuando era niño, entonces su madre nunca habría nacido, y por lo tanto, usted tampoco.

Ariel – Y no podría volver al pasado para atropellar a mi abuelo... Es, de hecho, la paradoja que han señalado los mayores físicos...

Director – Sin llegar a matar a su propio abuelo, cualquier pequeño acto suyo podría, de forma indirecta, cambiar el curso de la Historia, y con ello poner en peligro su propia existencia...

Ariel – Para evitar una guerra mundial, estoy dispuesta a correr ese riesgo. Pero para ello, usted tendría que aceptar la candidatura de Adolf Hitler...

Director – De ninguna manera... Todo esto no son más que delirios.

Ariel – ¿Cómo puedo demostrarle que realmente vengo del futuro?

Ariel empieza a caminar nerviosa por el despacho. Al pasar delante del espejo, Christian se da cuenta de que no refleja la imagen de Ariel.

Director – Pero ¿qué prodigio es este...?

Ariel – ¿Qué...?

Director – Vuelva aquí un momento...

Ariel se coloca de nuevo frente al espejo.

Ariel – El espejo...

Director – ¡No refleja su imagen!

Ariel – Como si solo fuera un holograma. Mi pensamiento está aquí, pero mi cuerpo sigue allí, en el siglo XXI...

Director – Entonces, ¿estaría usted, por así decirlo, dividida en dos...?

Ariel – Como esas partículas que pueden encontrarse en dos lugares a la vez... mientras nadie las observe. Es el famoso experimento del “Gato de Schrödinger”, llamado así por el célebre físico que lo ideó en 1935.

Director – ¿Perdón...?

Ariel – ¡El fenómeno de la superposición cuántica! Mientras una partícula no haya sido observada, puede estar potencialmente en dos lugares al mismo tiempo. Solo cuando alguien la observa –usted, por ejemplo, o mi madre– aparece realmente en uno de los dos lugares y deja de existir en el otro.

Director – Pero esto es una locura... Y además, ¿cómo sabe usted todo esto? ¿Es física? Pensaba que era pintora...

Ariel – No sé de dónde me vienen estos conocimientos sobre física cuántica... En el instituto dormía en clase de ciencias. Y mis notas eran bastante mediocres.

Director – Al parecer, solo dormía con un ojo cerrado...

Ariel – En cualquier caso, este espejo no refleja mi imagen, y eso es un hecho. ¿Está convencido ahora?

Director – Estoy convencido de que me he vuelto loco, sí. Debo de haberme golpeado la cabeza. Seguramente el accidente con mi carruaje fue más grave de lo que pensaba. Creí haber salido ileso, pero puede que en realidad esté en coma...

Ariel – Cuando uno sueña y sabe que está soñando, es que ya no está soñando. Cuando uno está loco y sabe que está loco, es que ya no lo está del todo.

Director – Creo más bien que es usted la que me está volviendo loco.

De repente, se oye el tono de llamada del móvil de Ariel.

Ariel – Pero...

Director – ¿Y ahora qué es eso?

Ariel mete la mano en el bolsillo y saca su teléfono móvil.

Ariel – Mi teléfono móvil...

Director – ¿Un teléfono móvil? Pero eso es imposible...

Ariel – Lo increíble es que suene... cuando acabo de dar un salto atrás de más de un siglo en el pasado.

Director – ¿Y quién puede ser...?

Ariel mira la pantalla.

Ariel – Es mi madre...

Director – ¡Pues conteste!

Ariel – ¡Hola, mamá! Sí, sí, todo bien... ¿Dices que tengo una voz rara...? No, no, te lo aseguro. ¿Y tú, estás bien? ¿No has notado nada extraño...? No sé... A ver... ¿Armstrong sigue siendo el primer hombre que pisó la Luna el 20 de julio de 1969? ¡Armstrong! No, no el trompetista, el astronauta... En fin, da igual... No, sigo aquí con el director. De hecho, tengo que dejarte... Sí, te llamo luego.

Cuela su móvil en el bolsillo.

Director – Entonces, era su madre.

Ariel – Se preocupaba por saber si la entrevista había ido bien y si me habían admitido en la Academia...

Director – Deduzco que dentro de un siglo, las mujeres podrán presentarse a las pruebas de ingreso.

Ariel – Pero ¿cómo es posible que pueda hablar por teléfono con mi madre, si he sido transportada a 1907? Es raro, ¿no?

Director – ¿Le parece que eso es lo más raro de toda esta situación? ¿Caminar sobre la Luna...? ¡Está loca!

Ariel – Sí, empiezo a preguntarme si no es una hipótesis a tener en cuenta, la verdad.

Director – Y además, ese aparato... Ese teléfono móvil, como lo llama... ¡Es absurdo! Ni siquiera está conectado por un cable, y pretende que le permite hablar con su madre...

Ariel – Lo más extraño es que sigue conectado a internet.

Director – ¿Internet...?

Ariel – ¡Incluso tengo acceso a Google! Mire, le voy a enseñar... Escribo "Adolf Hitler" y... ¡voilà!

Le muestra la pantalla de su móvil. Christian, horrorizado, observa las imágenes que desfilan ante sus ojos.

Director – ¡Qué espanto! ¡Es terrible...!

Ariel – Esto es lo que ocurrirá si rechaza la candidatura de Adolf Hitler a la Academia de Bellas Artes de Viena...

Director – ¿Yo...?

Ariel – Espere, ahora busco "Christian..."

Director – Christian Griepenkerl.

Ariel – ¡Mire! Nadie le recordará como pintor, pero quedará en la Historia como el hombre que desencadenó la Segunda Guerra Mundial.

Mira fugazmente la pantalla.

Director – Supongamos por un instante que le creo... Entonces, ¿puede predecir el futuro?

Ariel – Mi propio futuro, no. Pero para mí, su futuro es el pasado.

Director – No estoy seguro de querer saber mi propio destino. Y mucho menos la fecha de mi muerte...

Ariel – Lo entiendo...

Director – ¿Puede decirme al menos quién será considerado el mayor pintor del siglo XX?

Ariel – Diría que... Picasso, sin la menor duda.

Director – ¿Picasso...? No me suena... ¿Puede enseñarme uno de sus cuadros?

Ariel teclea en su teléfono.

Ariel – ¿Está realmente seguro...?

Él asiente y ella le muestra la pantalla. Christian queda estupefacto por un momento.

Director – Tiene razón, esto debe de ser una pesadilla...

Ariel – Sí, al lado de Picasso, el estilo de Egon Schiele parecería casi académico...

Director – Y supongo que no hay manera de detener todo esto.

Ariel – ¿Evitar la llegada del cubismo? Seguramente no. Pero piense en la responsabilidad que pesa sobre usted... Si rechaza la candidatura de Adolf Hitler, eso alimentará en él un rencor mortal. Acabará fundando el partido nazi. Tomará el poder en Alemania y llevará al mundo al caos.

Director – ¿Y si le permito ingresar en la Academia...?

Ariel – ¿Qué tiene que perder? En el peor de los casos, será un mal pintor más... Pero será un hombre en paz, que habrá cumplido su sueño. ¡Y usted habrá salvado a la Humanidad!

Director – No es tan sencillo, me temo... Esa terrible historia ya ha sucedido, puesto que usted la conoce. Así que, si cambiamos el pasado, ¿cambiamos la Historia, o solo creamos una Historia alternativa? Una historia que, quién sabe, podría ser aún peor que la primera...

Ariel – ¿Peor...? ¿Qué podría ser peor que el Tercer Reich?

Director – No lo sé... Un Tercer Reich que durara mil años, tal vez. ¿Cuánto duró el que menciona?

Ariel – Doce años.

Director – Deduzco que ese Hitler no ganó la guerra mundial de la que habla.

Ariel – No, en efecto... Al final perdió. Las fuerzas del bien acabaron venciendo.

Director – Quién sabe, si Hitler se convierte en pintor, quizá alguien más inteligente que él tome el poder en Alemania y conduzca esa guerra. Y esta vez, las fuerzas del mal podrían salir victoriosas...

Ariel – Voy a preguntarle a ChatGPT sobre esto también...

Director – ChatGPT... ¿Y qué demonios es eso?

Ariel – Una inteligencia artificial.

Director – ¿Quiere decir que esa máquina es más inteligente que usted?

Ariel – En cualquier caso, sabe más que yo.

Ariel teclea algo en su móvil y observa la pantalla.

Director – ¿Y bien...?

Ariel – Es la teoría de los multiversos. Varios mundos alternativos coexistiendo en dimensiones diferentes del universo. Quizá una infinidad de ellos. Cubriendo todas las posibilidades...

Christian parece completamente aturdido.

Director – Todo esto es absolutamente descabellado... Mire, me parece una joven inteligente, pero algo exaltada.

Ariel – ¿Completamente loca, quiere decir?

Director – En cualquier caso, claramente muy obsesionada con su madre... Si me permite darle un consejo, señorita, empiece por liberarse del control de su madre antes de querer salvar el mundo. Aunque este teléfono no tenga cable, ¡corte el cordón!

Ariel – ¿Así que cree que se trata de eso? ¿Un delirio de omnipotencia? ¿Quiero matar a Hitler pero, en realidad, lo que quiero es librarme de mi madre?

Director – ¿Quiere tumbarse en ese diván para contarme todo eso...?

Ariel – Me temo que podría llevar años...

Director – Tiene razón... El doctor Freud vive a pocas calles de aquí. Si quiere, puedo darle su dirección.

Ariel – Además, si todo esto no es más que un sueño... quizá ni siquiera vivo en Viena. Y puede que ni siquiera sea pintora. O peor aún... ¿existió realmente?

Director – En cualquier caso, no puedo acceder a sus caprichos. Ese joven Hitler no es digno de ingresar en nuestra prestigiosa escuela, y punto.

Ariel – Entonces no me queda más remedio que matarlo. Es la opción más segura.

Director – Está bromeando...

Ariel – Dice que llegará en cualquier momento... y no tiene ninguna razón para sospechar de mí, ya que aún no ha cometido ningún crimen. El problema es que yo tampoco he matado nunca a nadie. ¿Podría ayudarme?

Director – ¡Pero yo tampoco he matado nunca a nadie! ¡No voy a empezar hoy con un candidato, por muy mediocre que sea su expediente...!

Ariel – No tengo un arma conmigo. (*Mira el escritorio y agarra un abrecartas*) Este abrecartas servirá. Apuntando a la carótida... Mis clases de anatomía por fin me servirán para algo.

Director – ¡Pero usted está completamente loca!

Ariel – ¡No lo entiende! Se trata de salvar la vida de cien millones de inocentes. ¡Incluidos seis millones de judíos exterminados en los campos de concentración solo por haber nacido judíos!

Director – ¿Salvar inocentes matando a otros de manera preventiva?

Ariel – Solo mataré a uno, no se preocupe...

Director – Imagino que un líder político no basta para desencadenar una guerra mundial. También necesita cómplices. ¿Va a matarlos a todos... de manera preventiva?

Ariel – No lo sé...

Director – Y ese dictador, Hitler, ¿tomó el poder con un golpe de Estado?

Ariel – Después de ser elegido, por desgracia.

Director – Entonces, también habría que matar a todos sus votantes... de manera preventiva. ¿Piensa exterminar a la mitad del pueblo alemán para evitar una guerra?

Ariel – Ya no sé... No... Me conformaré con eliminar a Hitler, supongo.

Director – Un crimen sigue siendo un crimen, señorita Tannenbaum. Si nos pudiéramos a eliminar de antemano a todos los que podrían perjudicar a la humanidad, no acabaríamos nunca. Y además, ¿no es precisamente ese eugenismo lo que pretende combatir...?

Ariel – De acuerdo, pero aquí no estamos hablando de una probabilidad, estamos hablando de un futuro seguro. ¡Lo sé, porque vengo de allí!

Director – En cualquier caso, no puedo ser cómplice de semejante atrocidad.

Ariel parece recuperar un poco la calma.

Ariel – Seguramente tiene razón... Al final, aceptaré ese vaso de agua. Y luego me iré, lo prometo...

Christian sale. Suena una música dramática. Ariel, de memoria, garabatea febrilmente un retrato de Christian Griepenkerl y lo coloca en el expediente de Hitler. La música se detiene. Christian regresa.

Director – Aquí tiene su vaso de agua.

Ariel bebe.

Ariel – Me voy, pero por favor... Vuelva a revisar su expediente una última vez...

Christian abre de nuevo el expediente y ve el dibujo.

Director – Vaya, no había visto este boceto...

Ariel – Pero si es un retrato suyo...

Director – Ah, sí, es cierto. Y debo admitir que está muy bien hecho.

Ariel – Refleja una gran capacidad de observación de la naturaleza humana. Ha sabido captar su esencia, es evidente. Su genialidad oculta tras esa apariencia modesta. Su carisma teñido de benevolencia...

Christian parece halagado por un instante, pero enseguida se recompone.

Director – Bueno, basta ya. Tendrá que irse, señorita. He saludado al joven Hitler mientras iba a buscarle el vaso de agua. Está esperando en el despacho de mi secretaria. Y después de todo lo que me ha dicho sobre sus intenciones criminales, prefiero que no se crucen...

Ariel – Me voy. No sé a dónde, pero me voy...

Ariel sale. Christian vuelve a mirar el dibujo con expresión perpleja. Se oye que llaman a la puerta.

Director – ¡Adelante!

Oscuro.

Cuadro 3

Luz.

Ariel está dormida en una silla. Se despierta, desconcertada, y examina el lugar. El ordenador ha vuelto a aparecer sobre el escritorio. Y el retrato del emperador Francisco José ha sido reemplazado por un retrato de Donald Trump, que podría llevar un pequeño bigote similar al de Hitler. Ariel apenas tiene tiempo de sorprenderse. El mismo hombre entra en escena, esta vez vestido con un estilo contemporáneo.

Director – Disculpe la espera. He pinchado una rueda de camino y no tenía de repuesto. He tenido que pedir un Uber para llegar hasta aquí.

Ariel – ¿Un Uber...? Entonces ya no estamos en 1907...

Director – ¿En 1907? Qué idea tan extraña... ¿Por qué íbamos a estar en 1907?

Ariel – Perdóneme... Debo de haber tenido una pesadilla. Y... usted es el director de la Academia de Bellas Artes, ¿verdad?

Director – Parece que le sorprende... Pero teníamos cita, ¿no? Para evaluar su candidatura...

Ariel – ¡Por supuesto! No, yo... Perdóneme, he dormido fatal.

Director – Bien, veamos...

Ariel le tiende su carpeta de dibujos y él la abre. Examina los dibujos uno a uno, sin decir nada, con expresión circunspecta. Ariel parece un poco inquieta.

Ariel – Puedo enseñarle otros, si lo prefiere...

Director – No, no... Es que... El estilo no es muy convencional, evidentemente, pero... tiene buen trazo.

Ariel – ¿No muy convencional...?

Director – Ya sabe que hemos vuelto a cierto academicismo... Y debo rendir cuentas a mis superiores.

Ariel – Entonces, ¿calificaría mi estilo de...?

Director – Sin llegar a hablar de *arte degenerado*, todo esto no se ajusta demasiado a los principios estéticos y morales de nuestra Academia.

Ariel – ¿Principios *morales*...?

Director – Los desnudos ya no están permitidos, señorita. ¿No lo sabía?

Ariel – Esto es otra broma, ¿no...? A menos que esta pesadilla siga...

Director – ¿Una pesadilla...?

Ariel – He soñado que estaba en este mismo despacho, en 1907, cuando rechazaron la candidatura de Adolf Hitler.

Director – ¿Adolf quién?

Ariel – ¡Adolf Hitler! Seguro que le conoce...

Director – No... ¿Debería?

Ariel mira a su alrededor y se fija en el retrato de Donald Trump.

Ariel – ¿Tiene usted un retrato de Donald Trump en su despacho...?

Director – Es el primer Presidente de los Estados Unidos del Mundo Libre. No me diga que lo ignora...

Ariel – ¿Los Estados Unidos del Mundo Libre...?

Director – Y Austria se enorgullece de ser el estado número 74.

Ariel – Entonces... realmente he cambiado el curso de la Historia.

Director – ¿Está segura de que se encuentra bien, señorita?

Ariel – No... Para serle sincera, me siento un poco mareada.

Director – Siéntese, iré a buscarle una Coca-Cola.

Ariel – Preferiría un vaso de agua, si no le importa.

Director – ¿Agua? Qué idea tan extraña... Pero, señorita, nadie bebe agua desde hace mucho tiempo en los Estados Unidos del Mundo Libre.

Ariel – ¿Y por qué...?

Director – ¿Por qué? Señorita, si quiere tener alguna oportunidad de convertirse en artista en este país, le aconsejo que borre la palabra *por qué* de su vocabulario...

El director sale. Ariel se sienta, completamente anonadada. Consulta la pantalla de su móvil y teclea en el teclado.

Ariel (desmoronada) – No... La Segunda Guerra Mundial nunca ocurrió... pero Donald Trump es el Presidente vitalicio de los Estados Unidos del Mundo Libre.

Sigue consultando la pantalla de su móvil. El director regresa. Ariel le mira. Él la apunta con lo que parece un taser.

Director – Lo siento, señorita. He intentado interceder por usted, pero tengo órdenes... Y no podemos tolerar comportamientos tan desviados en nuestra Academia...

Aprieta el gatillo. Ariel se desploma.

Oscuro.

Cuadro 4

Luz.

Ariel se despierta de nuevo. Sigue llevando su gorro, ocultando su melena pelirroja. Mira a su alrededor. El cuadro de Egon Schiele y el ordenador han vuelto a su sitio. El director entra, vestido igual que antes.

Director – Disculpe la espera. He pinchado una rueda de camino y no tenía de repuesto. He tenido que pedir un Uber para llegar hasta aquí.

Ariel – No me atrevo a preguntarle en qué año estamos... ni si ya ha oído hablar de Adolf Hitler.

El director parece evidentemente sorprendido.

Director – ¿Se encuentra bien, señorita? Parece un poco alterada...

Ariel – No, no, todo bien, se lo aseguro...

Director – Así que usted es la señorita...

Mira la lista sobre su escritorio.

Ariel – Tannenbaum... Ariel Tannenbaum...

Director – Eso es.

Ariel – No tiene usted nada en contra de las mujeres... ni de los judíos.

El director vuelve a mostrarse desconcertado.

Director – Nuestro único criterio de selección es puramente artístico, puede estar tranquila... ¿Me muestra su expediente...?

Ariel – Por supuesto.

Ariel le entrega su carpeta de dibujos y él la examina. Ella observa sus reacciones con ansiedad, pero el director se mantiene primero impassible.

Director – Dígame una cosa, estos dibujos son excelentes.

Ariel – Entonces, ¿no cree que sea arte degenerado?

Director – Tiene un estilo muy personal, es cierto. Pero eso es precisamente lo que buscamos en nuestros estudiantes en esta Academia. La técnica es nuestra misión enseñársela, pero el talento no se aprende. Estamos aquí para acompañar a los artistas, no para formar pintores de brocha gorda.

Ariel – Imagino que por eso la Academia rechazó en su día la candidatura de Adolf Hitler.

El director vuelve a mostrar su asombro.

Director – En cualquier caso, creo que no me arriesgo mucho al decir que aceptaremos la suya.

Ariel – ¡Mejor así! Porque usted lo sabe bien, cuando la Academia de Bellas Artes de Viena rechaza a un candidato, uno siempre se pregunta qué hará después...

Director – Justamente esta mañana hablaba de eso con un compañero del jurado. Una de nuestras candidatas, que ya es una pintora excelente, resulta ser también una superdotada en matemáticas. ¿Y si al abrirle las puertas de nuestra Academia estuviéramos privando a la Humanidad del próximo Einstein...?

Ariel – Tranquilo, en mi caso, soy pésima en matemáticas...

Director – Ciertamente tenemos una gran responsabilidad. Rechazar a un candidato puede empujarlo a los peores extremos. Pero aceptarlo también puede desviarlo de otro futuro que quizá habría sido mucho más brillante...

Ariel – En efecto, el destino de cada uno de nosotros es el resultado de una serie de elecciones.

Director – Nuestras propias elecciones, pero también las de los demás.

Ariel – Y el destino de la Humanidad es la suma de todos esos destinos individuales.

Director – Pero ¿cómo estar seguros de que lo que hoy nos parece la mejor elección no tendrá mañana consecuencias catastróficas?

Ariel – Y al contrario, los fracasos más estrepitosos a veces abren la puerta a ascensos fulgurantes...

Director – Si Hitler hubiera superado la prueba de acceso a la Academia, probablemente nunca se habría convertido en el peor dictador de la Historia.

Ariel – Y si Donald Trump no hubiera fracasado en la industria del juego, probablemente nunca habría llegado a ser Presidente de Estados Unidos...

Director – No habría visto el mundo como un casino... y no habría hecho con América lo mismo que hizo con Atlantic City: arruinar a los inversores que confiaron ingenuamente en él y marcharse sin pagar sus deudas.

Ariel – Pero después de todo, ¿no es el mundo un gigantesco casino? El ser humano elige los números en los que apuesta, pero es el azar el que decide si su número sale o no.

Director – Entonces, ¿la libertad no sería más que una ilusión...? La decisión de confiar en un azar en lugar de en otro...

Ariel – ¿Y el azar existe realmente? “Dios no juega a los dados”, decía Einstein.

Director – Esa es la hipótesis determinista, que excluye por completo la noción de libre albedrío.

Ariel – Y, por lo tanto, cualquier responsabilidad o culpa.

Director – Hasta nuestras propias decisiones individuales serían el resultado inevitable de causas que no controlamos.

Ariel – No puedo resignarme a la idea de que no somos más que robots con un comportamiento programado de antemano.

Director – Robots, sí, pero dotados de conciencia, lo que nos convierte en espectadores de nuestra propia vida.

Ariel – En cualquier caso, una vez que tomamos una decisión, no hay vuelta atrás.

Director – Siempre se puede cambiar de opinión.

Ariel – Lo cual constituye otra decisión, pero que no anula la primera.

Director – Entonces, ¿seríamos solo marionetas movidas por hilos invisibles y manipuladas por el destino, representando una tragedia inevitable sobre la que no tenemos ningún control, puesto que al final solo tenemos una opción?

Ariel – A menos que viajemos en el tiempo.

Director – ¿Viajar en el tiempo?

Ariel – Volver al pasado para modificar nuestras decisiones.

Director – Pero eso no es posible, ¿verdad?

Ariel – No, por supuesto. Excepto en los sueños...

Director – Así que le interesa la filosofía, señorita...

Ariel – Al igual que las religiones, hasta ahora las filosofías no han hecho más que ofrecer a los necios una visión del mundo compatible con su estrechez de mente.

Director – A diferencia de la ciencia, ¿no están las preguntas que plantea la filosofía destinadas a quedarse sin respuesta?

Ariel – Si las preguntas que se hacen los filósofos no tienen respuesta, es porque están mal planteadas. Los filósofos intentan comprender el mundo desde su propio marco de referencia antropocéntrico. Como el hombre nace y muere, todo lo demás debería hacerlo también. El universo debería tener un principio y un fin. Y dado que el hombre cree dar sentido a su vida fijándose objetivos, el universo también debería tener un propósito. ¿No deberíamos más bien reconsiderar nuestra humanidad a la luz de lo que empezamos a entrever sobre los misterios del universo?

Director – La mayoría de la gente, por desgracia, prefiere confiar en Dios antes que en la ciencia. Es mucho menos agotador...

Ariel – Un Dios que nos habría creado para estar en el centro de todo.

Director – Según la Biblia, Dios creó primero la Tierra y después algunos cuerpos celestes a su alrededor, como simple decoración.

Ariel – Pero si tenemos la impresión de estar en el centro del universo, es porque nuestra miopía solo nos permite ver un débil halo a nuestro alrededor. La mayor parte del universo sigue siendo inaccesible a nuestros ojos. Y el universo se expande a tal velocidad que la luz de sus confines nunca llegará hasta nosotros.

Director – “El silencio eterno de estos espacios infinitos” ya aterraba a Blaise Pascal.

Ariel – Lo que nos inculca la religión es el egocentrismo y la ceguera. Lo que nos enseña la ciencia es la humildad y la curiosidad.

Pausa.

Director – Empiezo a preguntarme si al aceptarla en esta Academia de Bellas Artes no estaré privando al mundo de una gran filósofa... Quizás la que revolucionará el pensamiento del siglo XXI... No quisiera ser yo también responsable de una vocación frustrada.

Ariel – Es cierto que... si combinamos los fenómenos de superposición y entrelazamiento cuántico y los extrapolamos a un estado macroscópico, podemos esbozar una teoría de la conciencia. Es decir, la permanencia de lo que los filósofos o los curas llaman pomposamente *el alma*. Existo aquí porque estoy aquí para constatar mi existencia.

Director – “Pienso, luego existo”, decía Descartes...

Ariel – Y cuando muera, en el momento en que los demás constaten mi ausencia, instantáneamente comenzaré a existir en otros cielos, para otros ojos.

Director – Entonces, como el gato de Schrödinger, ¿estaríamos permanentemente vivos aquí y muertos en otra parte? Y viceversa...

Ariel – Queda por saber si esas dos versiones de nosotros mismos pueden comunicarse entre sí. Pero quizás sería ir demasiado lejos, ¿no cree...?

Director – Confieso que todo esto me marea... ¿Está realmente segura de que no quiere dedicarse a la ciencia?

Ariel – También podemos considerar el arte como una forma de cuestionar el mundo. ¿Y si no existieran las vocaciones frustradas? ¿Si estuviéramos destinados a interpretar todos los papeles? ¿Si, por citar a Baudelaire, todos fuéramos sucesivamente la víctima y el verdugo?

Director – Pues bien, señorita, me ha convencido. ¡Bienvenida a esta Academia! Enhorabuena por su espíritu independiente y su gran madurez.

Ariel – ¡Gracias! ¡Mi madre va a estar encantada!

El director parece sorprendido por esta última observación. Le entrega un formulario.

Director – Le dejo esta ficha para que la rellene, vuelvo enseguida.

Ariel toma la hoja y saca un bolígrafo. El director sale. Ariel comienza a completar el formulario. Su teléfono suena. Contesta con un entusiasmo que contrasta con la irritación mostrada en llamadas anteriores.

Ariel – ¡Hola, mamá! ¡Estoy tan contenta de oírte! (*Se intuye que su madre se sorprende de su entusiasmo.*) No, te lo aseguro, estoy perfectamente... Sí, ya está, ¡he sido admitida! Sí, yo también... Sí, mañana te lo contaré todo con detalle... Un beso. (*De repente, ve el calendario sobre el escritorio y se detiene.*) ¡Mamá! Solo una pregunta rápida... ¿En qué año estamos exactamente? (*Parece desconcertada por la respuesta.*) Ah... Pero los Rolling Stones siguen siendo la banda más grande de la historia del rock, ¿no...? No, no los Beatles, ¡los Rolling Stones! ¿No conoces a los Rolling Stones? Bueno, ya hablaremos de todo esto el viernes...

Guarda su teléfono. El director regresa. Instintivamente, se quita el gorro, dejando al descubierto su melena pelirroja. El director parece turbado.

Director – Lo siento mucho, señorita, pero al final no podemos aceptar su candidatura.

Ariel – ¿Y eso por qué?

Director – Me había ocultado que es pelirroja...

Ariel – ¿Y qué?

Director – Pero, señorita... las pelirrojas no son admitidas en la Academia de Bellas Artes de Viena.

Ariel queda atónita.

Oscuro.

Cuadro 5

Luz.

Ariel se despierta de nuevo y mira a su alrededor. Esta vez, en la pared cuelga un retrato de ella misma. En el retrato, con una pose marcial, lleva una peluca pelirroja y un uniforme adornado con medallas. El director entra, también vestido con uniforme, y le dirige un saludo militar, golpeando los talones con firmeza.

Director – ¡Señora...! Estoy a sus órdenes...

Ariel – Pero... ¿quién es usted?

Director – ¡Soy su jefe del Estado Mayor, señora Presidenta! Nuestro ejército está listo. Solo esperamos su visto bueno para invadir Polonia.

Ariel, primero desconcertada, intenta mantener la compostura.

Ariel – Por supuesto... Es decir... Tendré que hablarlo con mi madre, ¿no cree...?

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Marzo de 2025

ISBN 978-2-38602-327-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.